

LAS CUEVAS DE PINEDA: UN CENTRO ALFARERO DE TRADICION ABORIGEN EN EL NOROESTE DE GRAN CANARIA

En el Km. 33 de la carretera que va de Gáldar a Agaete nos desviamos en un lugar conocido por Las Cruces, donde se encuentra la antigua ermita de San Isidro el Viejo, y ascendemos por una carretera sinuosa que conduce hacia las medianías del noroeste grancanario. Dicha carretera comunica los pagos y localidades de esa fértil comarca: La Garza, La Cuesta, Hoya Pineda, El Saucillo, Caideros y otros tantos.

En el kilómetro cinco de la misma nos desviamos por una pista de tierra (actualmente en obras) de unos trescientos metros aproximadamente que desciende para terminar en un reducido grupo de casas construidas al borde de dicha pista y que constituyen lo que Pineda reciente.

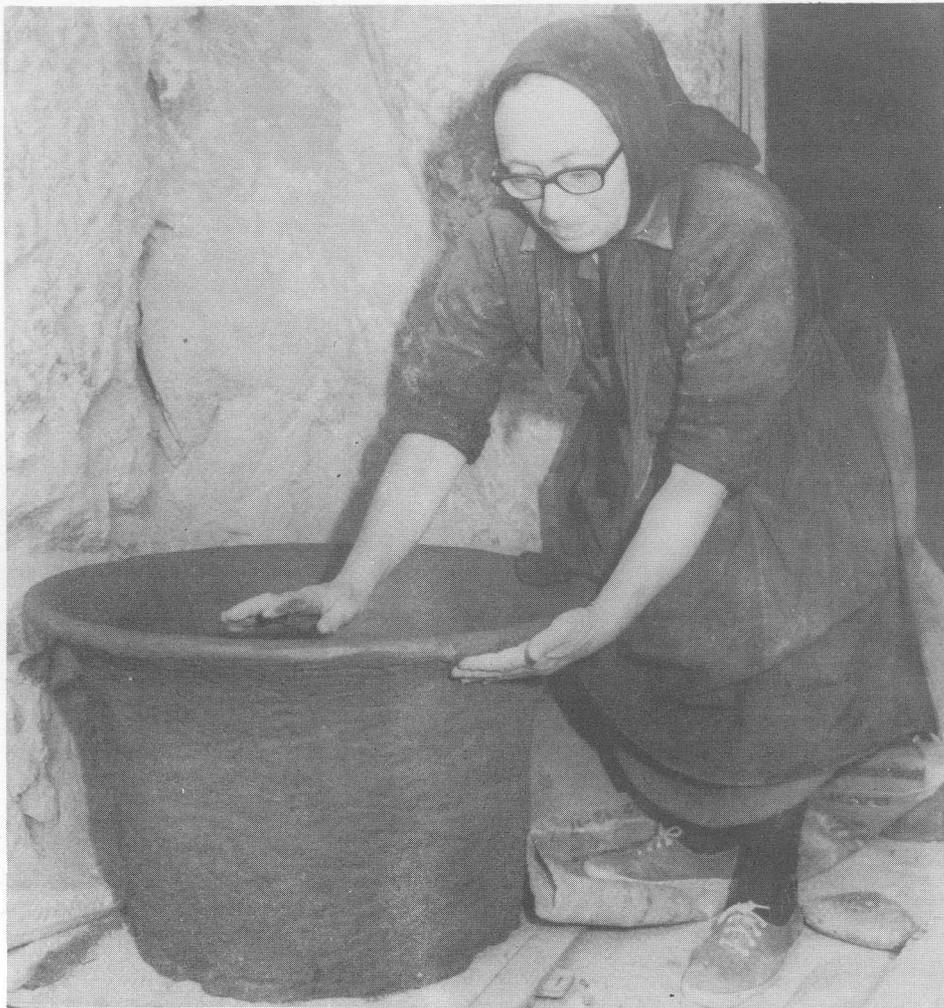
Pero en donde esta pista acaba comienza una serie de estrechas veredas que nos llevan hasta las "Cuevas de Pineda", topónimo éste que consta en el nomenclátor de la provincia de Las Palmas del año 1850, y en el que podemos leer: *Hoya de Pineda*: 1 edificio de un piso, 5 habitantes.

Cuevas de Pineda: 41 cuevas (no consta el número de habitantes).

Estas cuevas, objeto principal de nuestro estudio conforman el primitivo habitat excavado artificialmente en la escarpada cara oeste de la montaña de Guía, impresionante macizo de la serie fonológica que se levanta a 612 metros sobre el nivel del mar, recortado en su base por los barrancos de Anzóf y Salinas.

El nombre aborigen de este extraordinario poblado se ha perdido irremediamente, y como ocurrió con otras tantas localidades aborígenes su original denominación se sustituyó por la actualmente ostentada. El antropónimo "Pineda" debe responder con toda seguridad al nombre de un personaje vinculado con la conquista de la isla, Jerónimo de Pineda, que recibiría estos lotes de tierra en pago a los servicios prestados.

Si bien en la actualidad tan sólo un reducido número de perso-



Doña Juliana Suárez Vega, maestra del alfar de Hoya de Pineda (Foto: Paco Rivero).

nas continúan fabricando loza, en el pasado, quince o veinte años atrás, cada cueva de Pineda albergaba con toda seguridad una familia de loceras.

LA ALFARERA Y SU OFICIO

Doña Juliana Suárez Vega, de sesenta y tres años de edad, es la auténtica y única maestra del barro que queda en las Cuevas de Pineda.

Existe también otro artesano, Nicolás Godoy, que aprendió el oficio de su madre y que hace loza, pero no con la misma maestría y calidad que Juliana.

Nuestra artesana vive con su marido, José Santiago Suárez, en una cueva del lugar; de su matrimo-

nio tuvieron tres hijas, las cuales, al igual que dos nietas, aprendieron el oficio de su madre de la misma manera que nuestra artesana lo aprendió viendo trabajar a su madre y abuela y a las hermanas de ésta. Este conocimiento transmitido por vía matrilineal, es una constante, que recogen los cronistas, y que se repite desde los tiempos prehistóricos hasta la actualidad.

Los descendientes de Juliana, aunque conocen el oficio, no lo practican con la misma vitalidad, pero es de esperar que la tradición continúe.

José Santiago Suárez, nacido también en Hoya de Pineda, nunca ha trabajado con barro, pero esto no significa que en este lugar el ofi-

cio sea exclusivamente femenino. A este respecto Juliana nos aclara que de los quince hermanos que tuvo (cuatro hembras y once varones) todos trabajaban la loza con la misma destreza. No obstante, el marido de Juliana participaba en las duras tareas de extracción y acarreo de los materiales, en el guisado y por último en los desplazamientos por el interior de la isla para la comercialización de la cerámica.

PROCESO DE FABRICACION

No existen muchas diferencias en cuanto al método de la elaboración de la pieza entre este alfar de la Hoya de Pineda y el de La Atalaya de Santa Brígida (ver el número anterior de "Aguayro"). Por consiguiente, no me extenderé sino en los puntos donde verdaderamente existen notorias diferencias.

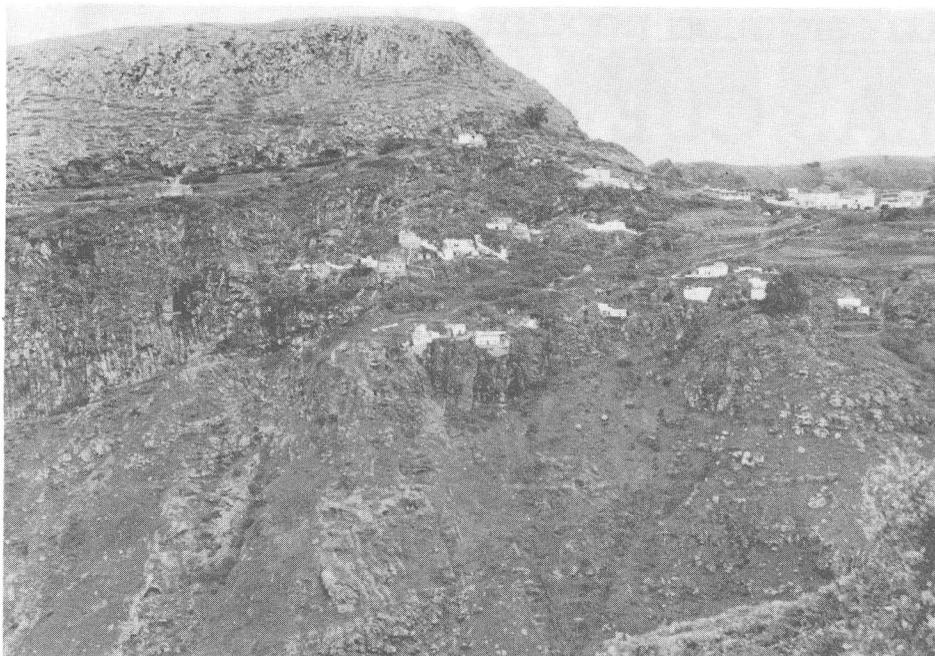
LOS MATERIALES Y UTILES DE TRABAJO

El barro se extrae desde siempre en lo alto de la Montaña de Guía. Provistos con azada o pico abren unas zanjas de no mucha profundidad, hasta dar con la veta de barro, la cual será aprovechada

Doña Juliana Suárez Vega, auténtica maestra de la cerámica de Hoya de Pineda

hasta que se agote, pasando entonces a excavar por otro lado. Una vez extraído se transporta en sacos o cestas hasta la cueva-taller. Una vez en ésta se procederá al machacado o majado con un callao o también con un mazo de madera de tea. Seguidamente se expone al sol para conseguir el secado con el que se facilitará la labor del regado. Esta operación se efectúa en un pequeño goro, pileta o agujero, que puede estar situado fuera o en el interior de la cueva. El barro allí depositado se irá regando con agua hasta que se esponje. La siguiente operación es la del pisado, que se efectúa con un solo pie y que doña Juliana realiza todos los días, porque según ella sólo pisa el barro que va a gastar en el día, unas tres pellas aproximadamente "que me rejunden como el arroz".

La arena, o lo que ellos llaman arena, no se trata en realidad de tal,



Hoya de Pineda, primitivo habitat de cuevas excavadas, donde se mantiene la tradición de la cerámica canaria (Fotos: J.M. Cuenca).

puesto que lo que utilizan es la tosca o toba blancuzca extraída a base de pico de una cueva cercana al poblado. Esta tosca, una vez machacada, servirá como desengrasante que será mezclada con el barro en el momento del pisado.

La siguiente operación consiste en sobar la pella de barro con las manos, operación ésta que no ofrece ninguna diferencia con el alfar de La Atalaya de Santa Brígida.

La alfarera trabaja sentada en el suelo con las piernas abiertas, poniendo en medio de éstas la laja sobre la que elaborará las piezas. A su lado pondrá un cacharro con agua, otro con la pintura, así como también los raspadores y las lisaderas. El raspador no es otra cosa que un fragmento de aro metálico de las barricas utilizado para restarle grosor, raspando a la pieza. Las lisaderas o bruñidores son guijarros de playa de diferentes formas, que sir-

ven para raspar, alargar y dar brillo a la pieza; la alfarera tiene estos útiles líticos en gran estima no sólo por la antigüedad que entrañan, sino también por el papel que desempeñan.

El almagre o pintura se extrae de un punto cercano de la carretera que conduce al poblado. Este sufre el mismo proceso de machacado que el barro, y después de haber sido expuesto al sol vuelve a ser majado y por último triturado entre las muelas de un molino manual, el cual también es herencia de sus ancestros. El polvo resultante de esta trituración se deposita en un cacharro y se mezclará con agua, petróleo y un poco de aceite. Este último componente se aplica para que corra la alisadera, según nos dice Juliana.

El procedimiento de elaboración es el del urdido: sobre la laja la alfarera deposita un poco de la

arena cernida. En sus manos prepara una torta de barro la cual extiende sobre la arena, sobre esta base irá superponiendo varios cilindros de barro, forma ésta que logra entre sus manos, y una vez que se ha conseguido dar a la pieza la altura deseada por este procedimiento, la alfarera procede a borrar las huellas de las empleitas o uniones de los cilindros.

El siguiente paso es del alargado que se consigue con una alisadera que se aplica por las paredes interiores de la pieza hasta lograr la forma adecuada. Posteriormente el objeto realizado sufre un breve periodo de secado, al que seguirá el desbastado, el cual se realiza con el raspador que antes mencionamos.

El aliñado de agua consiste en pasar por toda la superficie de la vasija una áspera lisadera con un poco de agua. Con esta operación se logrará el alisamiento de la pieza, así como también la mejor distribución de los granos de desengrasante por la misma.

En este punto la pieza está lista para ser pintada, la artesana se impregna las manos con el almagre y lo aplica por toda la superficie de la vasija; por último dará brillo por medio de una alisadera o bruñidor que a tal objeto tiene.

Luego de un cierto tiempo en que la pieza sufre el último proceso de secado, será guisada.

En este punto diferimos del Dr. González Antón cuando en su libro "La alfarería popular en las Islas Canarias", dice: "Que en la Hoya de Pineda no existieron nunca los hornos para el guisado de la cerámica". En realidad, según nos informó doña Juliana, antiguamente había cuatro hornos de gran tamaño y en la actualidad existen dos cuya forma no difiere en mucho del existente en La Atalaya de Santa Brígida.

El procedimiento del guisado no es distinto del de la Atalaya. Actualmente el combustible empleado son tablas y maderas de cajones. Antiguamente, según nos informó don José Santiago Suárez, marido de doña Juliana, la leña que se utilizaba se iba a buscar al pinar de Tamadaba, frente a Lugarejo, y consistía en jarones, jorgazos, retamas, pencas secas, etc.

Tampoco las piezas salidas de este alfar de las Cuevas de Pineda difieren en mucho de las de La Atalaya: ollas, jarras para gofio, pilones, braseros, fogueros, tallas, bernegales, soperas, lebrillos, platos, tostadores, etc. Es decir, todo lo que se utilizaba en el menaje de la cocina rural.



LA COMERCIALIZACION DE LAS PIEZAS

Sin duda la parte más dura de este ancestral oficio era la comercialización del producto; los hombres y mujeres del lugar recorrían prácticamente la totalidad de las localidades de la isla para obtener algún beneficio, siendo principalmente su forma de comercio el trueque.

A este respecto doña Juliana nos dice: "Yo no camino con loza desde por lo menos diez o doce años, pero antes yo llegué hasta el fin del mundo para poderla vender, cargaba sobre la cabeza un serón de estos grandes llenito de loza, y caminando mi marido llevaba hasta veinte bernegales juntos amarrados con tomizas a las espaldas. Y así íbamos a Bañaderos, Arucas, Cardones, Firgas, Moya, El Palmital, Agaete y hasta la Aldea; por Valsequillo a Teror, Las Palmas, Telde; y por Cuatro Puertas, hasta Ingenio, Agüimes y Carrizal; a Tejeda, Barranco Hondo... yo he andado todo el mundo entero vendiendo loza". "La loza antes no valía nada, por un bernegal nos daban cuatro perras y por un tostador una peseta y un real... así que nosotros preferíamos cambiar loza por comida, papas, millo, carne, lo que nos quisieran

dar..., hambre no pasábamos, pero sí muchas fatigas... Una vez en Barranco Hondo me preguntó una señora que cuánto valía un tostador y yo le contesté que lo que quisiera darme por él, así que me lo cambió por un saco de papas".

"En los años antes de la guerra hubo aquí mucha hambre, porque éramos muchos vecinos haciendo loza, por eso mucha gente que sabía hacerla se fue a vivir pa La Aldea, Tejeda, donde no se trabajaba el barro, para poder salir p' adelante".

Hoy en día, cuando prácticamente podemos vaticinar que esta primitiva industria está tocada de muerte, por ironías del destino, es cuando esta humilde y sacrificada gente vive con un mínimo de decaencia. Ya no es necesario salir a vender el producto fuera de sus talleres y se les paga por ellos el precio que se pida, sin embargo, el tiempo no ha pasado en balde y estos artesanos se lamentan de las pocas fuerzas que les restan para continuar con el oficio, ahora que estaban empezando a recibir una pequeña compensación de tantos sacrificios.

JULIO CUENCA SANABRIA

Comisión de Arqueología del Museo Canario